

## ODA VIII. A BARINA.

Si acaso alguna vez hubiesen sido  
 Tus perjuros, Barina, castigados:  
 Si alguno de tus dientes aperlados  
 Se hubiese ennegrecido  
 Por tus culpas pasadas  
 O alguna de tus uñas sonrosadas,  
 Te creyera; más, votos á medida  
 Que echas sobre tu pérfida cabeza,  
 Más y más se abrillanta tu belleza  
 De juvenes querida:  
 Y siempre te has mostrado  
 Como su dulce y público cuidado.  
 Sí, por el siglo de tu madre jura  
 En vano y por el cielo y los nocturnos  
 Astros del firmamento taciturnos  
 Y por la corte pura  
 De las deidades fuerte,  
 Que exentas viven de la helada muerte.  
 Sí, que la Venus tu jurar mirando  
 Se ríe con las Ninfas candorosas,  
 Y también, las saetas ardorosas  
 Cupido en aguzando  
 Con la mano manchada  
 En piedra de amolar ensangrentada.  
 A más que crece y para tí se cria  
 La niñez, tu futura servidumbre,  
 Y que aun no abandonan la techumbre  
 De su señora impia  
 Los esclavos primeros,  
 A que amenazan tus desdenes fieros.  
 Temen las madres por su tierno niño  
 Y los sobrios ancianos, desdichadas

Las doncellas también recién casadas  
 Ansiosas de cariño  
 No tu aura los detenga  
 Y á sus dulces esposos entretenga.

## ODA XI. A HIRPINO.

Que piense el belicoso  
 Cántabro y que el Escita, Quinto amado,  
 Deja de averiguar del borrascoso  
 Adriático á este lado,  
 Y no tiembles confuso  
 De una vida tan parca por el uso.  
 Huye hacia atrás lijera  
 La juventud con la apostura; y viene  
 La vejez espantando seca y fiera  
 Cuantos amores tiene  
 Lascivos aquel dueño  
 Y del joven también el fácil sueño.  
 Ni las flores mantienen  
 El primor que las dió la primavera;  
 Ni con la misma faz las lunas vienen  
 A lucir en la esfera  
 ¿Porqué pues tu alma criada  
 Traes en altos juicios fatigada?  
 ¿Porqué no descuidados  
 Al pié del alto plátano ó del pino  
 Con rosas los cabellos perfumados  
 Y canos y con fino  
 Nardo de Asiria untos,  
 Recostados bebemos aquí juntos?  
 Los cuidados voraces  
 Disipa Baco. ¿Quién de vino ardiente  
 Quiere enfriarme unas tazas muy capaces

En esta agua corriente?  
 ¿Quién á traer á Lide,  
 Que se ha quedado en casa, se comide? (4)  
 Anda y dila consigo  
 Traiga la lira de marfil labrado,  
 Y el cabello se ate (que yo digo)  
 En un nudo, el cabello destrenzado,  
 Ligera sin tardanza  
 De las Lacedemonias á la usanza.

## ODA XIV.

¡Ah! que fugaces, Póstumo, Póstumo,  
 Corren los años y no demora  
 A la rugosa vejez que insta  
 Virtud sincera, ni á muerte indómita.

Ni ablanda á Pluto, duro á las lágrimas  
 Diaria hecatombe si le haces triple,  
 Que ese á Gerionte el de tres cuerpos  
 Y á Ticio envuelve con onda triste.

En que debemos bogar ¡ay! todos  
 A los que nutre don de la tierra  
 Ya sean reyes ó ya colonos,  
 Que ata en el mundo grave indigencia.

Vano es que falte muerte cruenta,  
 Del Adria ronco quebradas ondas,

(4) Tengo por desacertadas las interpretaciones que se dan al *scortum devium*, todas traídas de muy lejos; opino que debe buscarse el sentido de esas palabras y su razón en el propio pasaje de la oda: por eso considerando que el *devium* (*de vía, extra viam*) significa el que anda fuera de tal ó cual camino, ó no sabe del sendero, que otro lleva, entiendo que Lide había quedado en casa sin saber donde andaba su amante y que este la buscaba.

Tal sentido me parece más obvio y natural.

Vano es el miedo de Austro dañino,  
 Que ofenda el cuerpo mientras otoña.

Negro el Cocito de curso lánguido  
 Visitaremos, infame el género  
 De las Danaides, de Eolo al hijo  
 Que lleva en pena trabajo eterno.

De dejar tienes la tierra y casa,  
 La dulce esposa; y de árboles sólo  
 Cuantos cultivas, al breve dueño  
 Sigue el perenne cipres odioso.

Y tu heredero más digno el céculo  
 Con cien candados guardado saque  
 Y el pavimento rocíe soberbio  
 Mejor que en cenas pontificales.

## ODA XVI. A GROSFO.

Ocio el opreso en el patente Egeo  
 Pide á los dioses cuando negra nube  
 Cierra la luna, ni á los nautas ciertos  
 Lucen los astros.

Ocio en la guerra furibunda Tracia,  
 Ocio los Medos de carcaj ornados,  
 Grosfo, descanso, que no compra el oro  
 Ni piedras finas.

Ni los tesoros ni el lictor del cónsul  
 Tristes tumultos de la mente apartan,  
 Ni á las que en torno á artezados techos  
 Cuitas revuelan.

Feliz con poco vive quien paterno  
 Usa el salero en la sencilla mesa,  
 Que leves sueños ni el temor le roban  
 Ni la avaricia,

¿A que lanzamos tantas cosas lejos

En breve edad? ¿A qué buscamos tierras  
Que otro sol tibia? de su patria huyendo  
Quien de sí huye?

Sube viciosa á las bronceadas naos  
La cuita, sigue al escuadrón ginete  
Más que los ciervos y que el Euro echando  
Nubes ligera.

Odie curar de lo futuro el alma  
Grata en lo de hoy, y en moderada risa  
Temple lo amargo, que nada hay dichoso  
De toda parte:

La pronta muerte arrebató al Aquiles,  
Larga á Titón la senectud consume,  
A mí quizá lo que te fué negado  
La Hora me ofrece:

Sículas vacas de tí en torno mugen  
Y greyes ciento, de cuadrigas yegua  
Tuya relincha: en múrice africano  
Ya reteñidas

Lanas te visten: reducidos campos  
Y tenue soplo de la Musa griega  
No mendaz Parca y al maligno vulgo  
Dióme desprecio.

DEL LIBRO TERCERO.

ODA II..

Que de la agria milicia en la crudeza  
Aprenda, amigos, el mancebo fuerte  
A sufrir la pobreza;  
Y ginete temible haga matanza  
En los feroces Partos con su lanza.

Viva al sereno en medio á sobresaltos,  
Y la matrona del tirano adverso

Desde los cubos altos  
De la muralla hostil luego le mire  
Y con su adulta niña así suspire:

“No suceda ¡ay! que en los combates rudo  
“Mi regio esposo á pelear provoque  
“A ese león sañudo,  
“A quién de guerrear la ira crüenta  
“Por enmedio de muertes aviolenta.”

¡Es dulce y decoroso dar la vida  
Por la Patria! Del hombre fugitivo  
La muerte va en seguida;  
Ni de la imbele juventud perdona  
A la espalda y la corba bien temblona.

(1) La virtud del desaire ignoradora

(1) Ya, como dicen los comentadores, porque en caso de vergonzoso desaire bástale al virtuoso su propia satisfacción y la repulsa no menoscaba su intrínseco valer, ó lo que yo mas creo, porque generalmente la virtud no es desairada en este mundo sino goza de aprecio, esto es la virtud cívica muy estimada en los tiempos y patria de Horacio. Referir á la virtud en general lo que dice esta estrofa, equivale á dislocar de la primera parte de la oda todo lo siguiente: esta virtud tiene de ser la patriótica que es la recomendada en la estancia anterior y en cuyo caso el sentido será: “Puesto que la muerte no perdona al cobarde, vale más morir valerosamente por la patria. Esta virtud de luchar por la propia nación no es vista con desdén y se ve adornada de immaculados honores.

*Nec sumit* etc. Y hace pelear no en civiles guerras al plebeyo antojo sino por justísimas causas.

*Recludens* etc Ya se asentó que la virtud

Con honores incólumes fulgece;  
 La segur brilladora  
 No empuña y suelta con mudable brío  
 Del aura popular al albedrío.

La virtud que abre el cielo á los que muer-  
 No merecen, negado algún camino, te)  
 Le intenta de otra suerte;  
 Las reuniones vulgares luego esquivá,  
 La húmeda tierra en ala fugitiva.

(1) Tiene el silencio fiel premio seguro:

patrónica tiene por premio en la vida el apre-  
 cio de los buenos, ahora, después de la muerte  
 es su merced la inmortalidad.

**Negata** etc. Más si alguna vez es desprecia-  
 da esa virtud como puede acontecer, ella  
 se busca su pago por otro camino que la fama  
 y estimación, ya por la saciedad de la concien-  
 cia, ya en la esperanza de la venidera gloria:  
 por esto y en este caso de no ser justipreciada,  
 se aparta de las vulgares sociedades y dejada  
 la tierra, busca patria más justiciera.

**Cætusque** etc. juzgo que á no entender de  
 esta manera saldrá destejada de la I está II  
 parte. Admito la interpretación de que la vir-  
 tud se basta á sí misma, toque de la doctrina  
 estoica, pero no en el *nescia repulsa sordida*,  
 sino en el *negata tentat*; porque de lo contrario  
 estas últimas palabras ó son repetición de las  
 primeras y muy fuera de sazón, y por tanto  
 anti-Horacianas ó son del todo intraducibles.

Este sentido del *negatá* se insinúa con arte  
 muy genial de Horacio desde el epíteto *incon-*  
*taminatis*.

(1) La otra virtud mas indispensable en el  
 soldado es la fidelidad en guardar sigilo sobre  
 las cosas reservadas de la patria y del ejército.  
 Premio seguro de renombre y tranquilidad de

Jamás consentiré bajo mis trabes  
 A quién haya á lo obscuro  
 De arcana Ceres levantado el velo,  
 Ni que conmigo suelte el barquichuelo.

Une el Padre del día al inculpado  
 A veces con el hombre corrompido,  
 Mas de quién fué malvado  
 Raras veces la pena ardiendo en ira  
 Con planta lastimada se retira.

### ODA III.

El ardor de furiosos ciudadanos,  
 Que alzan gritos insanos,  
 Jamás al varón justo  
 Tenaz en su propósito, remueve  
 De su intento; tampoco el ceño adusto  
 Del rey tirano aleve,  
 Ni el austro proceloso  
 Turbio rey del Adriático espumoso;

conciencia está guardado al custodio leal de  
 esos secretos. Para encarecer el poeta el ho-  
 rror que causa el violador de secretos dice que  
 el no consentirá bajo su techo ó en su barca  
 al revelador de los arcanos de Ceres, cuya  
 guarda era tan importante en el orden religio-  
 so como en el militar la del santo y señas, que  
 decimos nosotros. Concluye por deshacer lo  
 que podría objetársele de que á veces no lleva  
 castigo, á lo que parece el criminal, sino corre  
 la suerte del justo; y responde que raras veces  
 el que ha sido malo burla aun en este mundo  
 la pena de su culpa. Así creo que se trasluce  
 ya el hilo de esta oda ordenada con arte supe-  
 rior al repentino y superficial estudio, que de  
 ella se haga. He aquí su plan compendiado:  
 I Estr.: Améstrese la juventud en soportar los

De Júpiter excelso fulminante  
 Ni la mano gigante:  
 Si desgajado fuera  
 El orbe acaso, entonces la ruina  
 Espantosa impertérrito le hiriera.  
 Por tal fuerza divina  
 Alcides andariego  
 Subió hasta los alcázares del fuego.

Polux también; y Augusto recostado  
 Con labio sonrosado  
 Liba néctar entre ellos.  
 Los tigres á tu yugo así hecho dino  
 Sometieron indóciles los cuellos,  
 Padre Baco; y Quirino  
 Huyó antros infernales  
 De Marte en los caballos inmortales,

azares de la guerra: II llegará de esta suerte á merecer el encomio mas grato, el que haga la familia del monarca enemigo, al temer por la vida de los suyos si ve el extraordinario valor con que lucha el Romano. III y si muere en la guerra, dulce y honroso es perecer por la patria, tanto más cuanto que la muerte no perdona al tímido. IV por otra parte la virtud del patrióta combatiente tiene premio de honor en este mundo V y paga de inmortalidad de lo futuro y hasta, caso de verse menospreciada, halla su recompensa en sí, lejos de los mudables elogios del vulgo. VI y VII Deben á mas ser los jóvenes sigilosos, que no gárrulos, y serlo desde ahora porque el que ha delinquido tarde que temprano padece el azote de Dios.

Me he demorado en comentar esta pieza, mas de lo usado porque su desorden, perfectamente lírico ha sido el tormento de los comentadores.

Después que Juno férvida surgiera  
 Y a los dioses dijera  
 Con voz que al cielo mueve:  
 "Ilión, Ilión, á mi entregada  
 "Y á la casta Minerva con tu plebe  
 "Y rey, porque negada  
 "La paga fué que un día  
 "Laomedón á los dioses prometía,  
 "Un juez fatal á polvo te redujo,  
 "Lascivo en torpe lujo  
 "Con mujer extranjera.  
 "Famoso el huésped de la Griega impura  
 "No esplende ya, mas ni la casa fiera  
 "De Priamo perjura  
 "La hueste Aquiva agnanta,  
 "O en el esfuerzo de Héctor la quebranta.  
 "Por nuestras sediciones gobernada  
 "La guerra fué calmada.  
 "Depondré sin demora  
 "Y las iras gravosas y á Mavorte  
 "El nieto aborrecido, que traidora  
 "Le diera su consorte,  
 "Esa vestal troyana  
 "En otro tiempo, volveréle ufana.  
 "Permitiré que á brillador asiento  
 "Suba y sorba contento  
 "Néctar, suave, admitido  
 "Al pacífico gremio de deidades,  
 "Mientras el ponto hierva enfurecido  
 "Entre las dos ciudades  
 "Y felices doquiera  
 "La redondez dominen extranjera.  
 "El Capitolio esté resplandeciente;  
 "Y Roma ferozmente  
 "Al Medo subyugado

"Pueda leyes dictar, mientras los bustos  
 "De Priamo y Paris el cerril ganado  
 "Insulte ya vetustos,  
 "Mientras esconda en ellos  
 "La fiera impune sus cachorros bellos.  
 "Dilate horrenda à la postrera playa,  
 "Donde líquida valla  
 "A la Europa divide  
 "Del Africa, su nombre y á do iunnda  
 "Hazas el Nilo así que se desmide,  
 "Deja en tierra profunda  
 "Así mejor guardado  
 "El oro todavía no encontrado  
 "Valiente á desdeñar, que no con mano  
 "Rapaz á uso mundano  
 "Las riquezas sagradas  
 "Destine. Todo término, que el mundo  
 "Corta, toque con armas respetadas,  
 "De ir al país fecundo,  
 "Donde se ensaña el fuego,  
 "Ardiendo en gana, ó al en bruma ciego.  
 "Con esta ley tal suerte le pródigo  
 "A ese pueblo enemigo,  
 "De que jamás piadosos  
 "En demasía y en su prez confiados  
 "Intenten repararme los odiosos  
 "Alcázares quemados  
 "De la Troya materna;  
 "Porque de Troya ia "Fortuua" tierna  
 "Renacida, de nuevo haré que ceda  
 "En su lúgubre rueda  
 "Alada, á destructora  
 "Y triste muerte luego sollozando  
 "En la guerra la hueste vencedora  
 "¿Qué más? acaudillando

"Yo imsama entonce ufana  
 "De Jove esposa y à la vez hermana.  
 "Si tres veces Apolo el alto muro  
 "Hecho de bronce puro  
 "Reedifica, otras tantas  
 "Perezca hecho ruinas por mis griegos,  
 "Y así sacie mis iras sacrosantas,  
 "Y tras de vanos ruegos  
 "La muger prisionada  
 "Llore hijos y marido incosolada."  
 Mas no conviene á la festiva lira  
 Aquesto que me inspira.  
 ¿A dónde vas? oh diosa,  
 Deja de referir los dichos santos  
 De las Deidades, deja presuntuosa  
 En tus humildes cantos,  
 Y no con la rudeza  
 De tus versos amengües su grandeza.

#### ODA IV A CALIOPE

Baja del cielo y en la flauta grácil  
 ¡Ea! modula largo tiempo ahora,  
 Reina Caliope; ó si más quieres, fácil  
 Tu voz aguda, celestial, sonora,  
 Haznos oír; ó bien con tus delgados  
 Dedos del alto cielo perfumados  
 Hiere presta tan solo  
 Tus cuerdas ó la cítara de Apolo  
 ¿Oiste? . . . ó bien ¿la plácida locura  
 Del poeta me engaña? Me parece  
 Que escucho la canción y á la ventura  
 Vago por bosque, que sagrado crece,  
 Do el agua corre murmurando amena

Y blando el aire de contento llena,  
Que mansamente vaga

Y tiernas hojas perezoso halaga.

Tras de mi Apulia nutridora un día  
En el Vulturo, monte protegido,  
Allá de niño y en la tierra umbría  
De sueño al fin y de jugar vencido  
Las cándidas palomas fabulosas  
De la diosa de Chipre presurosas  
Con hojas me cubrieron,  
Que nuevas de los árboles cogieron.

Y todos admiraron, el que mora  
De Bata en las florestas la que anida  
De Aqueronte en el risco y labradora  
La gente humilde, que el Fiñano cuida,  
Cómo de negras víboras seguro  
Dormía entonces y del oso impuro  
Con lauro y mirto amante,  
Mas no sin dioses animoso infante.

¡Vuestro! Camenas, ¡vuestro! si trepare  
A los fragosos montes de Sabina,  
O si el frío Penestre me agradare,  
O Tíbur que en la cuesta se reclina,  
O bien la acuosa Bayas. Porque gusto  
De vuestras fuentes y danzar augusto  
En Filipos la huida

No puso fin á mi incipiente vida;  
Ni aqueso pudo el árbol enemigo;  
Ni el Palinuro en la onda Siciliana,  
Siempre que esteis en mi favor conmigo,  
De marinero en navecilla vana

Podré yo hecharme al Bósforo furioso,  
O de viajero pisaré animoso  
Las reseca arenas  
De Asiria ardiente, oh plácidas Camenas.

Y soy capaz de visitar ileso  
A los Britanos, que á su Dios feroces  
Le sacrifican á su huésped preso,  
Y también á los Cóncanos atroces,  
A que la sangre de caballo agrada  
Y á los Gelonos, de carcaj armada

En espalda musculosa,  
O del Tanais la vega nebulosa.

Al alto César cuando, ya encerradas  
Sus haces en las duras fortalezas,  
Sus haces ya de pelear cansadas,  
Busca alivio á sus bélicas proezas,  
En vuestra cueva le recreais; y os place  
Dar á quien busca vuestra bella face  
Consejo regalado,

Y almas gozais cuando le hubisteis dado.

Sabemos que quien rige él solo y fuerte  
La inerte tierra con el mar ventoso  
Con ley igual, los reinos de la muerte,  
De las deidades el estrado hermoso,  
Los pueblos y los muros engrosados  
De almenas y de gente coronados,  
Con rayo desprendido  
A los ímpios Titanes ha vencido.

Aquella horrenda juventud confiada  
En sus brazos á Jove ya infundiera  
Grande terror y que otra turba osada  
El Pelión ya procuraba fiera  
Poner encima del Olimpo umbrío.  
Mas ¿qué pudieran en el trance impío  
El Mímas valeroso

Y Porfirio disforme y vigoroso?

Ni qué Tifón y ni el grande Reto,  
Ni Encélado, que audaz al cielo echaba  
Con la mano lanzada sin respeto

Los árboles que rápido arrancaba,  
De Palas contra la égida sonante  
Descargando podrían? Militante  
Fué el fogoso Vulcano,  
Y prestó Juno la su régia mano.

También estubo el que jamás depone  
De sus hombres el arco; y al rocío  
De la Castalia fuente á veces pone  
Y sus sueltos cabellos lava pío,  
Y de los Licios en la selva obscura  
Y en la natal piísima espesura  
Fecundo reina sólo  
Intonso Delio, Patareo Apolo.

La fuerza cae por su propio peso  
Cuando es sin consejo dirigida;  
Más los dioses con plácido embeleso  
Ayudan siempre á la que va medida,  
Y el esfuerzo aborrecen que menea  
Cuanto hay de malo en su alma gigantea.  
De las sentencias mías  
Testigo sea el centimano Gías:

También Orión el tentador osado  
En otro tiempo de la virgen Diana,  
De una saeta virginal domado.  
Y echada encima de su prole insana  
De monstruos fieros duélese la tierra,  
Y se lastima de que en cruda guerra  
Sus partos derribara  
El rayo y en el Orco sepultara.

Y ni carcome el fuego acelerado  
Al Etna, encima de la turba puesto;  
Ni el buitre deja al hígado (ensañado  
Guardián celeste al criminal impuesto)  
De Ticio el lujurioso: y á Piritó,  
De Proserpina el amador maldito,

Aprisionan en penas  
Trescientas pesadísimas cadenas.

ODA IX. HORACIO Y LIDIA.

*Horacio* Mientras yo te agradaba,  
Y ninguno mejor al cuello hermoso.  
De la niña aun no echaba  
Los brazos amorosos,  
Fuí que el rey de los Persas más dichoso.

*Lidia* Mientras que tu no ardiste  
Por otra alguna, ni por Cloe dichosa  
A Lidia pospusiste.  
Lidia vivió famosa,  
Que Iliá la Romana más gloriosa.

*Horacio* Sobre mí reina ahora  
Docta en canciones Cloe, bien amado,  
De pulsar sabedora;  
Y moriré animado  
Con tal que à *mi alma* conservare el Hado.

*Lidia* Con el suyo y mi fuego  
Calais hijo de Orinto, aquel Turida,  
Me quema en amor ciego:  
Dos veces doy mi vida  
Porque al muchacho el hado dé crecida

*Horacio* Y ¿qué si á los huidos  
La Venus de antes á su yugo de oro  
Torna y deja ceñidos,  
La bella Clóe desdoro,  
Y para Lidia el gozne abro sonoro?

*Lidia* Aunque aquel es hermoso  
Más que el lucero y tú más inconstante  
Que espuma y más rabioso  
Que el Adria, amo anhelante  
Vivir contigo y espirar amante.